

creído que era de su deber, al tomar parte en esta solemnidad, revelar al grande hombre bajo uno de sus más interesantes aspectos, tanto más, cuanto que la Corporación que en estos momentos represento, se cree, más que otra alguna, obligada para con la memoria de Lucio, por el carácter eminentemente práctico de su enseñanza, que tantas veces le ha allanado el camino y le ha facilitado el cumplimiento de su penosa y difícil misión.

MANUEL FLORES.

POR LA SOCIEDAD FILOIÁTRICA.

SEÑORES:

El último de los discípulos de Rafael Lucio se atreve á ocupar hoy la tribuna. No busquéis en su lenguaje galana ropa, está desnudo; no esperéis elocuencia en quien jamás la ha tenido; pero si áridas son sus palabras, si colorido les falta, el fuego de amor hacia el maestro, el respeto á su memoria, tendrán que purificarlas antes de que broten de los labios, dándoles sinceridad á falta de belleza.

Pocos meses ha que la sociedad mexicana sintió estremecerse por rudo golpe: uno de sus hijos más queridos se había ausentado para siempre. El atleta científico, único resto de ilustradas generaciones y testimonio vivo de su grandeza, desapareció también. La herida no puede cicatrizar jamás: está un hogar vacío, la cátedra desierta, las Academias de luto; la savia del dolor sigue brotando, y cuando ante pesar tan inmenso las Sociedades, las Escuelas, los sabios se reúnen aquí para honrar una memoria y deplorar una ausencia, la Sociedad Filoiátrica, por mi humildísimo conducto, viene á hacerse presente en este concurso de abundantes lágrimas. ¡Ella ha perdido á su presidente honorario perpetuo, y tiene un lugar en esta sesión de amargo luto!

El año de 1882, la sociedad que fundara hace diez y siete años Lauro Jiménez, formada como siempre, por alumnos de la Escuela de Medicina, nombró al Sr. Lucio su presidente. Se temía que por las ocupaciones de tan respetable persona no aceptara el nombramiento; pero lejos de esto, admitió con gusto ese nuevo cargo, y desatendiendo otras ocupaciones y no obstante su delicada salud, se dedicó á la Sociedad Filoiátrica, reanimándola del letargo en que se hallaba. A la sombra de su calor científico se produjeron opimos frutos. Con su particular modestia nunca quería hablar las cuestiones magistralmente; admitía la discusión con sus alumnos, y no pocas veces les pedía su parecer. Durante su presidencia en la Filoiátrica, se hizo un reglamento, se abrieron varios concursos, se protegieron

á algunos socios pobres, casi todos ellos del propio peculio del Sr. Lucio y sin que esto se divulgara, y se le dió prestigio á la Asociación.

En esa época las sesiones estaban muy concurridas; sobre cualquier asunto científico el Sr. Lucio hablaba dando una cátedra elocuente. Su estilo correcto, claro y armonioso deleitaba al oído, como una corriente de cristalina agua estrellándose entre encrespadas rocas. El Sr. Lucio, como radiante Febo, brilló siempre en la Sociedad Filoiátrica; á todos iluminaba con su diamantina luz, y nunca eclipsaron sus rayos las nubes de la fatuidad.

Todas estas circunstancias obligaron á la Sociedad de que me ocupo, en el año de 1884, á nombrar por aclamación al Sr. Lucio, su presidente honorario perpetuo, honra hasta entonces á nadie concedida. Esto dió lugar á que una inmensa comitiva de estudiantes se dirigiese á casa del Sr. Lucio para felicitarle por su nombramiento y hacerle una ovación. El maestro no estaba en su casa; pero cuando llegó á los pocos momentos y se informó de lo que pasaba, se mortificó extraordinariamente, buscaba en dónde ocultarse, diciendo después que no era digno de esas manifestaciones. En esa misma ocasión el Sr. Lucio, rodeado de sus alumnos, abrazando á algunos de ellos, y con las lágrimas desprendiéndose de sus pupilas, manifestó su amor á los estudiantes de medicina, y les aconsejó seguir siempre el camino de la virtud.

¡Ah! con cuánta razón volvemos hoy á nuestro maestro esas lágrimas que antes nos diera! Qué bien nos ha hecho la Academia de Medicina, citándonos á esta ceremonia, para que brotando el liquido de los ojos, se salve de estallar al corazón!

Y si los estudiantes de Medicina reconocemos en el Sr. Lucio el faro moral de la Sociedad Filoiátrica, admiramos también en él el genio del maestro y veneramos respetuosamente su virtud. Toda una vida, llena á veces de azarosos trabajos, cuarenta años de su existencia dedicó á la Escuela de Medicina, y en ella como alumno fué el primero, y como maestro jamás fué el segundo. Desempeñó las cátedras de química, de medicina legal, de patología externa é interna y se distinguió en los concursos de medicina operatoria. Millares de alumnos que conservan su nombre con sagrada veneración, bebieron de sus labios la ciencia de Esculapio. Nosotros fuimos los últimos en aprovechar su riquísima enseñanza, y pudimos convencernos de que Rafael Lucio era un maestro eminentísimo. Su exactitud en el cumplimiento de su deber era proverbial, y por ningún motivo faltaba á su cátedra. Recordamos que una vez, cuando el mal tiempo había impedido á la mayoría de los alumnos de concurrir, se presentó el Sr. Lucio á dar su clase, á pie, empapado por la lluvia, y estando atacado de una erisipela de la cara.

Aun en los momentos en que la enfermedad lo tenía postrado en el lecho, cuando aquel cerebro, centro antes de donde brotaban á raudales ideas gigantescas, maravillosas concepciones, no producía sino palabras incoherentes, fantásticos pensamientos, tuvo un momento de luz como el relámpago en tempestuosa noche; Rafael Lucio se puso en pie, recordó que era día de cátedra, y posponiendo todo á su deber, y luchando con su familia, se vistió, tomó su bastón y su inseparable libro, y arrastrando por el suelo sus demacrados miembros, bajó la escalera. Allí no pudo seguir más, cayó en los brazos de sus hijos y volvió devorado por la fiebre al lecho que pocos días después debía servirle de sudario.

Aun en el delirio, el inolvidable maestro quería ser esclavo de su obligación.

Cuando el Sr. Lucio no obstante su aspecto humilde y su sencillo traje, se sentaba en cátedra, los alumnos, en profundo silencio, esperaban respetuosamente sus palabras y se preparaban todos á recogerlas, para servirles más tarde de codiciado texto.

Y cuando el maestro de Patología interna hablaba, era su voz manantial fecundo de enseñanza. Con su estilo tan claro y natural, su felicísima memoria y su inmenso caudal de instrucción en la materia, deleitaba al auditorio al ocuparse de cualquier asunto.

Cuando el Sr. Lucio tocaba algún punto importante, se animaba su voz, brillaba su mirada, su entusiasmo crecía, y los estudiantes, sorprendidos por lo agradable de la forma y la importancia de la cuestión, no perdían una frase de sus labios; y cuando concluía, y de una manera inconsciente, le dedicaban un entusiasta aplauso que el genio del maestro les había arrancado, como las puntas metálicas arrancan el rayo de las nubes.

Si en la clase, como muchas veces aconteció, se trataba de algún asunto delicado, nos decía: «Yo no debía decir á vdes. estas cosas porque aun son jóvenes, pero á ello me obliga mi carácter de profesor; el que haga mal uso del conocimiento de estos hechos, encontrará el castigo en la voz de su conciencia.»

Las veces que el Sr. Lucio tocaba asuntos de moral médica, era un verdadero orador: se ponía serio, enérgico, vituperaba al vicio pintándolo con los más oscuros matices y aplaudía la virtud y la dignidad.

Junto al maestro sapientísimo encontramos en él al amigo cariñoso. En los exámenes, en las juntas de profesores, con el gobierno, en el lecho del dolor y en sus aflicciones, el Sr. Lucio era el apoyo y consuelo de los alumnos de Medicina, sobre todo, cuando como médico les impartía con toda caridad sus importantes servicios.

Y ante tantos méritos y virtudes tantas, cómo no llorar á Rafael Lucio,

cómo no bendecir su nombre ni postrarse respetuosos en los bordes de su tumba! ¡Ah! quien no lo hiciera, quien hubiese bebido en el emponzoñado filtro de Leteo, debe calificarse de monstruo!

Hemos considerado al Sr. Lucio por pocos aspectos; aún quedan muchos por tratar, pues su vida es un caleidoscopio que á cada instante presenta encantadoras vistas; pero como alumnos del eminente maestro y como delegados de la Sociedad Filoiátrica, creamos con lo dicho haber procurado cumplir con nuestra misión.

Nada podéis darnos ya, maestro querido, porque todo nos lo habéis dado. A nosotros, vuestros discipulos que tanto os aman, nos toca ahora ofreceros con respeto profundo, gratitud y veneración.

A. DE GARAY.

POR EL LICEO HIDALGO.

Ya se apagó la luminosa tea
En el seno del *cosmos*: ya la forma
Cayó en pedazos, se extinguió la idea
Que de la oscura cavidad brotaba,
Cual numen soberano
En el misterio del cerebro humano,
Cual rayo esplendoroso
Sobre las fases de la ciencia atea!
En las olas sin fin del oceáno
La fosfórica chispa así revienta
Al rugir la tormenta,
Al soplar de los vientos
En rápidos mugidos
Cantos, quejas, lamentos
Del mar y de la noche confundidos.
Se extingue lentamente
La vibración sonora de la vida,
Como en la eterna irradiación del cielo
Va la lumbre solar, ya desprendida,
De los planetas al opaco suelo.
La vida así del genio, sol de gloria,
Cuando en su ocaso pálida fulgura,
Lanza su luz, para que brille pura,
En el planeta eterno de la historia.
El genio es accidenté,
Un átomo de más en el cerebro,
Un átomo de luz tras de la frente.
A vosotros que estáis junto á la plancha
Disipando las sombras de la duda,
Palpando la verdad fría y desnuda
Donde el humano espíritu se ensancha:

A vosotros que vais tras de la ciencia
En pos de la verdad, deciros puedo
Sin arrogancia, ni pasión, ni miedo
Que el corazón y el ánimo corrompen
Esa grande miseria
De las humanas formas que se rompen,
Para luego, dispersas, confundirse
En el mundo inmortal de la materia.
No hay nada allí donde la duda oscura
Envuelve siempre el panteón sombrío:
Que pasen unos soles
Y al descubrir la triste sepultura
Encontraréis el fétetro vacío.
No hay nada allí: los átomos vagando
En el rayo solar van confundidos,
En la atmósfera pura,
En el fecundo polen de las flores,
En las luces del rayo que fulgura,
En el iris de múltiples colores,
En las nubes de rápido desgaje
Y en el tumbo que guarda en sus clamores
El rudo aliento de la mar salvaje.
En vano el dogma lucha
Para caer vencido,
Inventando deidades
Que resbalan al fondo del olvido
De oscuras sombras y silencio lleno.
No hay más allá tras el azul sereno
Que astros y estrellas que sus luces riegan,
Y esos mundos y mundos que navegan
En el espacio sideral vacío.